



RAÚL WALEIS  
(Luis Vicente Varela)

# **EL DOCTOR WHÜNTZ**

## **Fantasia**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**RAÚL WALEIS**  
**(Luis Vicente Varela)**

# **EL DOCTOR WHÜNTZ**

## **Fantasia**

A mi maestro el Dr. Mauricio González Gatán

Al Dr. José M. Ramos Mejía

autor de Las neurosis de los Grandes Hombres

R.W.

Mayo 1880

El Doctor Whüntz

I

El Doctor Karl Whüntz tenía cuarenta y cinco años, y hacía ya veinte que se consagraba al estudio de un problema insoluble.

Más despreocupado, o más sabio, que los hombres de su época, no practicaba la astrología ni la alquimia. Aretino y el milanés Cardano, se proponían explicar la vida y la muerte por medio de la influencia de los astros, de los elementos sobre el hombre. El Dr. Whüntz se propuso encontrar, en el

estudio de los centros nerviosos, cuáles fuesen las reglas que rigen y presiden los movimientos humanos.

El no quería, cual Agripa, descubrir "cómo se manifiestan en nosotros los decretos de las estrellas". Buscaba saber "cómo se manifiestan en el hombre los decretos de los nervios".

Despreciando las ciencias ocultas, se sentía envuelto en las tinieblas de la psicología; y para escapar a sus dudas, se lanzaba en la ruta más luminosa de ciertos estudios, que bien pudieran tomarse como los orígenes de la moderna ciencia fisiológica.

Quería encontrar las relaciones de sentimiento y de acción que producen las ideas y los movimientos; y su vida se consumía estudiando la médula espinal y el encéfalo, que él ya consideraba entonces como el centro de todas las manifestaciones nerviosas.

No estaba conforme con las teorías de algunos de sus colegas en la ciencia médica, que admitían los movimientos reflejos, como simples convulsiones puramente espasmódicas, posteriores a la muerte del organismo, e independientes de la vida general.

Más de una vez, cuando trabajaba sobre el cuerpo de una rana, al ver que ésta se defendía del escalpelo, muchas horas después de decapitada, solía exclamar:

-¡Ah! ¡Ah! ¡Los movimientos reflejos! Qué misterio impenetrable envuelve este secreto de la vida orgánica. Si la decapitación produce la muerte instantánea ¿por qué la rana decapitada conserva todavía movimientos conscientes? ¿Por qué se defiende de mi escalpelo? ¿por qué siente cuando

la toco?... Dicen los sabios que son espasmos nerviosos. Luego hay en el organismo animal una doble vida. La vida de la circulación, que se acaba cuando ésta se interrumpe por la hemorragia sanguínea que la decapitación produce. La vida de los nervios, que continúa después de la muerte , y que se traduce en estos espasmos nerviosos.

El Doctor Whüntz había hecho estudios y experimentos sobre todos los animales. Había mantenido una langosta decapitada, haciéndola moverse durante tres días. Había encontrado, a favor de una lente poderosa, las que hoy se llaman células de pestañas vibrátiles, en el pulmón de una rana, diez horas después de muerta. Había arrancado el corazón de un gato, para impedir la circulación de la sangre, y, sin embargo, había conseguido que sus miembros se agitaran, al ponerlos en contacto con un pedazo de sucino frotado.

En aquella época aún no se tenían nociones de la electricidad; pero el doctor Whüntz ya se preocupaba de la atracción misteriosa que ejercía el sucino frotado sobre ciertos cuerpos.

Como único resultado de sus investigaciones, había arribado a esta conclusión desesperante: la ciencia ignora todavía cuál es el papel que los nervios desempeñan en los movimientos conscientes. Los nervios, que no obedecen a la voluntad, son agentes de acciones independientes a los que llamamos la conciencia.

-Un hombre loco, es irresponsable -decía el Doctor Whüntz, en sus exaltados monólogos-. Su locura es la manifestación de una enfermedad que

nosotros declaramos existente. Para comprobar que la enfermedad es efectiva, citamos su delirio. Lo que los hombres sensatos llamamos el sentido común, ha huido de su cerebro. Todo cuanto hable, es ajeno a la razón... Pero, en cambio, ¡el loco no duerme!... ¿Quién nos asegura que ese insomnio constante, que nosotros le atribuimos, no es un perpetuo sueño de su alma o de su sistema nervioso? ¿No podría ser su delirio sólo la fantasía del ensueño? Y, si así no fuese, decide, vosotros sabios de la tierra, ¿qué diferencia hay entre el loco que delira, al parecer despierto, y vosotros, que creáis las más insensatas quimeras cuando soñáis dormidos?

Estas cuestiones de los fenómenos del alma o de los nervios, absorbían al Doctor Whüntz.

-Si tenemos un alma -se decía-, ¿por qué huye de nosotros cuando la buscamos, a pesar de la llevamos encerrada dentro de nosotros mismos? Si no la tenemos ¿qué duda es ésta que asalta a toda la humanidad, y que la obliga a buscar esa alma?

Y, cuando dando otro giro a sus estudios, y empeñándose en ser materialista, se detenía en frente de sus propios pensamientos, que le asustaban, se preguntaba asombrado:

-Pero, ¿si no existe un alma, por qué mis ideas no son las mismas de los demás hombres? La red de nervios es igual a la de cualquier otro ser humano; mi sistema circulatorio y mi sistema nerviosos es idéntico al del resto de la humanidad; un solo molde ha servido para fundir a todos los hombres ¿por qué, pues, los nervios de Copérnico producen la revelación de

que el mundo es esférico, esféricos los planetas, y circulares sus movimientos; y los de Arquímedes descubren la palanca y la fuerza motriz del vapor, en tanto que los de Nerón no inventan sino el incendio de Roma y la profanación de Agripina?

Cansado de buscar la solución en los estudios que hacía sobre los irracionales de todas las especies, pensó que la ley ignorada que rige la diferencia sustancial entre el hombre y el bruto, podría darle la solución a su problema terrible.

Y, desde entonces, el Doctor Whüintz se preocupó sólo de estudiar al hombre; pero al hombre aislado, independiente de la familia y de la humanidad; al hombre como creación primitiva, o como resultado de transformaciones sucesivas.

Se propuso descubrir el secreto que preside a todas las acciones.

-Se habla de la voluntad -decía-, y, sin embargo, ella no existe sino relativamente. La teoría del libre albedrío es falsa. Es verdad que yo muevo mi brazo, que inclino o levanto mi cabeza, y tengo la facultad de locomoción. Pero, basta que en una noche de orgía me exceda en la cena, y la indigestión se produzca, para que la fiebre me invada, mi razón se turbe, mis fuerzas se apaguen, y, a pesar de mi voluntad, no pueda materialmente moverme. ¿Dónde está, pues, esa potencia de la voluntad, si un insignificante detalle, un leve tropiezo, detiene por completo su imperio? ¿Por qué la voluntad no impera sobre el estómago, sobre los intestinos, sobre el corazón, en fin? ¿Por qué no hace que el cerebro

olvide, cuando el recuerdo es un pesar?... ¿Cuándo son mis actos fruto de la voluntad y cuándo son fruto del fatalismo que me domina?...

Y el Doctor Whüntz, anonadado bajo el peso de sus propias reflexiones, pensaba de nuevo en los nervios, concluyendo por convencerse de que los agentes exteriores, que influían sobre ellos, producían todos los fenómenos fisiológicos que él se proponía explicar.

-Busquemos las evoluciones de la voluntad en las manifestaciones de los actos humanos -se dijo un día-. Estudiando a los criminales podré apreciar el grado de voluntad que ha presidido sus movimientos. Entonces sabré lo que hay de fatal, de nervioso, en esos actos, y lo que hay de voluntario, de consciente. Sobre esa base edificaré mi templo a la ciencia.

El Doctor Whüntz viajó a Europa. Visitó todas las cárceles, haciéndose mostrar los más famosos criminales. Examinó sus cráneos, procurando descubrir sus tendencias por las depresiones o protuberancias de la cabeza. Muy pronto se convenció de que lo que entonces no se conocía con el nombre de frenología, y que él presentía como base de una ciencia nueva, no era una regla invariable. La masa encefálica, centro de los nervios, no respondía a las protuberancias o depresiones de la capa exterior del cráneo.

Luego quiso estudiar en el cadáver de los criminales, y volvió a Flandes, su país nativo y amado.

Su alta reputación le abrió todas las puertas. El gobierno ordenó que todos los cadáveres de ajusticiados fueran entregados al Doctor Whüntz. Desde ese día, el sabio profesor se encerró en su anfiteatro, confiando en

no salir de allí, sino para entregar al mundo la solución del gran problema.

## II

El Doctor Whüntz era viudo. Había hecho sus estudios en Alemania, y en esa vida agitada del estudiante alemán, había ligado su existencia a su único poema de amores.

Una noche salía de la clase. En la calle reñían. En medio del grupo, una mujer lloraba. El tiró su espada, y tomó parte en la pelea.

Al acercarse, reconoció a la hermosa Ruth, hermana de uno de sus condiscípulos más amados.

Jamás la había hablado. Joven y bella, llevaba impreso, en su semblante angelical, el sello de la muerte.

Era una de esas suaves naturalezas del Norte. Tenía la apariencia helada de las nieves del polo. Blanca, más rubia que las espigas de los campos de Booz, con los ojos azules y vagos, como las últimas luces del crepúsculo.

Al verla, se diría que soñaba con el cielo, promesa de su fe cristiana.

En la lucha triunfaron. Cuando los audaces, que la detuvieron en la calle, se vieron en derrota, Ruth volvió a Whüntz y le dijo:

-Joven caballero, habéis protegido la pureza de una criatura desconocida para vos. Sois noble y sois bueno. Permitidme que os agradezca vuestra abnegación.



La mano de la niña temblaba al oprimir agradecida la del estudiante. Los ojos de Whüntz, investigadores como el espíritu de la ciencia, se perdieron en los abismos celestes de aquella mirada de virgen.

Whüntz no quiso exponerla a nuevos temores. Pidió a su amigo el permiso de acompañarle a escoltar a la joven, y, desde entonces, el misterioso vínculo del amor, ligó aquellas dos almas en la vida y en la muerte.

Los estudios retuvieron al joven estudiante todavía algunos años en las aulas.

La familia de Ruth era judía, y la paciencia no es una virtud en ese pueblo obstinado, que todavía espera al Mesías de la promesa divina.

Poco antes de cumplir treinta años, Whüntz era el feliz esposo de la tierna Ruth: un peligro le había ligada. La blanca guirnalda de azahares que orlaba la frente de la hermana del estudiante alemán, no era menos casta que las espigas, que sirvieron de corona nupcial, ante los siglos a la bella bíblica hebrea.

De aquellos purísimos amores, nació Margarita, la amiga de su padre. Al nacer, la niña arrebató al noble sabio su compañera casi divina.

Ruth había entregado a Whüntz, con su hija huérfana, una misión sublime.

Cuando a la niña falta en la cuna, con la dulce leche del seno, la abnegación sin límites de la madre, el padre tiene en la tierra una tarea verdaderamente cristiana: Sinete parvulos venire ad me .

¡Felices los hombres que pueden reemplazar a la madre de sus hijos huérfanos!...

En la época en que hemos comenzado este relato, la casa de Whüntz era un templo consagrado a la investigación científica. Jamás soledades más encantadas dominaron el espíritu y los genios sollozantes de aquel hogar destruido, ocultaron su llanto por la muerta querida, para sólo irradiar su luz amante sobre la frente de la tierna niña.

Margarita tenía quince años. Educada al lado de su padre, y por su padre, sus inclinaciones no tenían vínculos con la educación femenina de su siglo.

El sabio profesor no reconocía una diferencia de inclinaciones y de propósitos en los dos sexos. Estaba persuadido de que la mujer tenía más exquisita sensibilidad nerviosa que el hombre; y su hija era para él, en este sentido, un motivo de estudio. En cuanto a lo demás, pensaba que en el organismo físico y moral, la mujer tenía los mismos elementos que el hombre para brillar en todas las situaciones de la vida, y en todas las manifestaciones de la inteligencia.

Cuando alguien se atrevía a tocarle este tema de conversación, él solía exclamar:

-¡Eh! Dejad que los teóricos discutan todavía. Yo tengo mis convicciones profundas. No hay más virtud en Sócrates que en Lucrecia romana. Catón no es más puro que Safronia. La libertad debe menos a César que a Virginia. Y, si avanzáis en los tiempos, Enrique VIII vale menos, como rey, que la actual Isabel de Inglaterra.

Con estas ideas, Whüntz educó a su hija como un ser útil a la sociedad, no sólo como elemento de la familia, sino también como un apóstol de la

ciencia que investiga y lucha por arrancar sus secretos a lo desconocido. En todos sus experimentos, Margarita fue su inteligente compañero. Ella sentía también la necesidad de profundizar la ciencia. Ella necesitaba descubrir qué era aquello que dominaba su espíritu en la forma del pensamiento y de la idea. Necesitaba saber si había algo más arriba que el corazón; algo que no se multiplicaba ni se transformaba, como la materia, y que, superior a cuanto la razón domina, esencia de vida, intangible, incoloro, etéreo, se producía como la inspiración de un ser supremo, infinito e inmortal: ¡DIOS!

Y seducida por las teorías sabias de su padre, dominó, al principio, y luego olvidó por completo, sus temores y sus espantos nerviosos, enfrente del cadáver, para preguntar al cráneo despedazado, y a la médula abierta en sus capas membranosas y profundas, ¿qué secretos ocultaban ambos, que así dominaban el organismo mortal?

### III

El Doctor Whüntz había pasado diez años haciendo experimentos sobre el cuerpo de los criminales ejecutados.

Absorto por los estudios y, dominado del sublime egoísmo del sabio, no había querido asociar a sus investigaciones ningún hombre de ciencia.

Tenía la sagrada intuición del genio. Quería que la revelación descendiera sólo sobre su espíritu, y que, al sorprenderle, le encontrara dueño

absoluto de sus secretos terribles.

Durante tan largo tiempo, el círculo de sus relaciones había ido estrechándose. Llegó, por fin, un día en que sólo lo componían su propia hija y la familia del verdugo de Flandes, su constante proveedor de cadáveres.

Para Whüntz estos seres ¡también formaban parte del mundo! El desprecio, con que la sociedad les perseguía, no había penetrado hasta el hogar del sabio.

El sólo miraba en esas gentes, elementos útiles para sus trabajos profundos. Hans, el viejo verdugo, le averiguaba los antecedentes del ejecutado. Herman, su hijo, le ayudaba en las autopsias, y aún le presentaba nuevas ideas a sus eternas investigaciones.

Cuando Whüntz comenzó sus estudios sobre los cadáveres de los criminales, Margarita tenía sólo cinco años. Hermana, el hijo del ejecutor, tenía ya diez.

El niño era inteligente. La ley flamenca, que había establecido una familia maldita, en los descendientes de los verdugos, no tuvo el poder de destruir el talento en el cerebro de sus miembros.

Hans, que sufría con la idea de ver a su hijo único convertido en verdugo, como él, como su padre y como sus abuelos, pensó que aquella amistad forzosa del sabio podría algún día ser útil al pobre niño.

Hans era muy rico. Los verdugos amansaban grandes fortunas con los despojos de los ajusticiados.

pero la fortuna no basta para hacer la felicidad. ¿De qué os sirve el oro, si al dar la mano del verdugo una moneda, la imaginación ve en ella una mancha de sangre?

Hans, como sus genitores, había amontonado su tesoro. La costumbre, más que la ambición o la avaricia, le había enriquecido. Pero Hans vivía en un siglo positivista. Los rumores del mundo exterior llegaron hasta las desiertas soledades del hogar del verdugo. Supo que las conciencias se vendían, que las cruces ya no representaban el patíbulo del sacrificio divino, sino que servían para condecorar la maldad hipócrita; comprendió que el oro era el fausto y el poder de los tronos, y en las sublimes ternuras de su amor de padre, pensó que era posible comprar con dinero, la absolución del castigo que pesaba sobre el nombre y sobre la raza de su hijo.

La sociedad, que destierra de su seno al verdugo, no conoce ni comprende su obra.

Ha tenido la crueldad de crear en un hombre una máquina de hacer justicia; y no ha pensado siquiera que las multitudes desprecian más al ejecutor que a la víctima.

Ha querido aislarle, por medio del desprecio, y no ha comprendido que encendía en el alma del verdugo, la pira de sentimientos que se apagan en el bullicio del pueblo.

Reducido a las encerradas paredes de su hogar; alejado de cuanto vive y palpita en el mundo exterior; obligado a la soledad y al aislamiento en medio del tumulto que le circunda; sin amigos, sin amparo, sin odios ni

rencores siquiera, toda su existencia tiene que concentrarse y repartirse entre los objetos y los seres que le rodean.

Los encantos del placer y de la belleza; el paisaje de la luz y de los colores, las emociones del alma primitiva -el amor, el dolor, el arrepentimiento mismo-, todo está encerrado para él dentro de las insalvables paredes de aquel hogar perseguido.

Pero Hans había reaccionado. La raza maldita buscaba su redención, y el pobre descendiente de los verdugos de Flandes, pedía a la civilización de su siglo que absolviese, en la cabeza de su hijo, toda la tradición de sus genitores.

-Yo no he cometido crimen alguno -decía-. No aborrezco a la sociedad, que me desprecia sólo porque soy el ejecutor de sus sentencias; por el contrario, aun le tengo compasión por sus propios errores para conmigo.

Los tesoros de amor que he descubierto dentro de mi alma, los ha rechazado; y obligado a amar por una ley divina, toda mi ternura la he depositado en mi hijo. Su infeliz madre me lo entregó al morir, encargándome que velase por su porvenir. Una sentencia le destina a ser verdugo, como su padre. Yo necesito vencer la fuerza de esa sentencia. Todos mis tesoros los daría por conseguirlo. Y si al fin mi amor de padre triunfa, mi vida de ignominia quedaría borrada, por sólo una lágrima de mi hijo purificado.

¡Cosa singular! El verdugo despreciado amaba a su hijo, con ternuras que nunca sintieron los corazones de los reyes.

¡Y la sociedad huía el contacto del hijo del verdugo y aclamaba el paso del príncipe heredero...!

Un día, algún tiempo después que el doctor Whüntz se ocupaba de sus investigaciones, Hans llegó a casa del sabio.

Era la hora del crepúsculo en un día de otoño. Las luces confundidas se reflejaban en aquel espíritu, preparado a todas las grandes manifestaciones nerviosas.

Como el arpa eólica vibra siempre armónica al más leve roce de la brisa, el alma de Hans sentía vibrar sus sentimientos a la más suave emoción.

La luz, la sombra, la palabra, la música, todo se reflejaba en su espíritu atribulado.

Aquel crepúsculo tranquilo, en que los últimos arboles del sol poniente se mezclaba con las trémulas irradiaciones de la primera estrella; la armonía lejana de los ruidos informes del día que pasa y de la noche que llega; la ciudad que comenzaba a encender sus mil luces, y las sombras de la campaña que él cruzaba envuelta de tinieblas -todo, todo, tenía una repercusión misteriosa en aquella alma selecta.

Y luego, pensaba en el abrigo casto que la familia presta al esposo amado; en el lujo del sarao, las manifestaciones multiplicadas de la sociedad que se estremece a las palpitaciones de la alegría sin remordimientos.

Y el anciano verdugo lloraba, recordando que él no había saboreado esos goces, y se estremecía de terror al pensar que su hijo ¡nunca podría ambicionarlos...!

Cuando llegó a casa del doctor Whüntz, el sabio paseaba en sus jardines,

llevando a su bella niña del brazo.

Gozaba del espléndido espectáculo de la naturaleza que comenzaba a dormirse, y entretejía sus primeros ensueños de fantasías con sus últimas sonrisas de realidades vivas. Los ángeles invisibles, que tienen por misión pintar las flores de la noche, arreglaban recién sus paletas, en tanto que los jazmines y las rosas, preparaban sus corolas entreabiertas, para recibir el presente de colores y de perfumes que Dios les envía.

El Doctor Whüntz recibió a Hans con cariñosa afección. El sabio comprendía que aquel hombre era inocente de las ejecuciones sangrientas que formaban su misión en la tierra.

-Maestro -le dijo al recibirle-, ¿habéis averiguado algo?

-Sí, Doctor. El reo que debe ser ajusticiado mañana es un sueco. Su crimen es odioso y vulgar. El robo ha sido su móvil. Mañana os traerán su cadáver, y mi hijo os dará todos los antecedentes que hemos recogido a su respecto.

-Sabéis, maestro Hans, que vuestro hijo es muy inteligente. ¡Si le vierais en el anfiteatro cuando hacemos la autopsia!

-Señor, es precisamente de él de quien quiero hablaros.

Hans lloró. Hablaba con Whüntz lleno de sublime indignación contra la sociedad; manifestaba sus nobles ambiciones para Herman; y ofreciéndole toda su fortuna, pidió al doctor que se encargase de la educación del niño, a fin de poderle sustraer a la ley odiosa que le había condenado desde antes de nacer.



-Amigo mío, yo no quiero vuestra fortuna; pero yo tengo también una hija única, para la que deseo destinos inmortales. Yo os juro sobre su cabeza de ángel, que haré de vuestro hijo un sabio tan grande, que Flandes tenga vergüenza de llamarle para que le sirva en el oficio de verdugo.

Desde ese día Herman fue mirado como el discípulo amado del Dr. Whüntz. Se instaló en su casa, vivió con él en familia, y fue perdiendo la memoria de los instrumentos y las máquinas de tormento y de muerte, a fuerza de estudiar en los cráneos y los esqueletos que formaban la colección del erudito maestro.

#### IV

El doctor Whüntz cumplió su promesa en los límites de lo posible. Herman fue médico; tal vez un médico distinguido, especialista en afecciones nerviosas.

Sin embargo no llegó nunca a ser un sabio, capaz de eclipsar con su nombre la gloria del profesor.

Durante los largos años de sus estudios, Hans había ocultado cuidadosamente los propósitos que alimentaba respecto del porvenir de su hijo.

Cuando alguna vez, la autoridad, que cría tener derechos sobre el niño, preguntó por él, Hans había contestado que, estando delicado de salud, le había enviado a Amsterdam, donde vivía la familia de la madre, que era la

del verdugo del pueblo.

Una noche se ejecutaron en Flandes dos criminales. Uno, joven, lleno de pasiones y de promesas para la vida. El otro anciano, decrepito, casi exhausto de elementos de existencia.

Habían cometido un delito odioso. El proceso los presentaba como contumaces y reincidentes.

En momentos en que aparecieron ante la multitud, ávidamente apiñada en la plaza, el más joven se arrodilló, y, en voz alta, sonora y llena de fortaleza, exclamó:

-Pueblo que me escucháis, soy creyente. he cometido grandes crímenes, pero la bondad infinita ha descendido sobre mi alma. Estoy de todo arrepentido; y mi arrepentimiento es tanto más sincero cuanto que lo hago público, y sin esperanzas de prolongar mi vida en este valle de lágrimas. Vosotros, los que os sentís arrastrados por la pasión, tomad ejemplo de mi muerte, y, en vuestras oraciones, ¡rogad por mí!

El otro, el anciano, fue insensato y terrible hasta muriendo. Su cuerpo se agitaba en horribles convulsiones, y las imprecaciones más soeces contra el cielo y la tierra brotaban de sus labios.

Resistió cuanto ofrecimiento piadoso se le hizo, y cuando el verdugo tuvo que cumplir su terrible misión, fue menester que sus ayudantes le sujetasen por la fuerza.

En cambio, el joven, se sometía sumiso a cuanto se le decía. La resignación y el arrepentimiento dominaban su espíritu, y en todos sus actos mostraba que el remordimiento, imponiéndose como señor de una

actualidad terrible, le daba a la vez la conciencia de sí mismo y de la situación.

Al día siguiente ambos cadáveres estaban sobre la mesa del anfiteatro del Dr. Whüntz.

El y Herman los despedazaban, con esa sacrílega avidez que producen las investigaciones científicas.

¡Oh! el doctor y su discípulo se empeñaban en descifrar un misterio imposible, y no se apercebían siquiera del misterio que sus propios actos producían.

Los seres humanos, durante la existencia, se tratan, se estiman, se comunican y hasta se maltratan los unos con los otros.

Cuando la muerte apaga la vida, la materia inerte inspira al espíritu cierta reacción inexplicable.

El cadáver adquiere prerrogativas que no tuvo el hombre vivo. Al cruzar delante del féretro que guarda a un hombre, la humanidad se descubre, la mujer se postra, y la plegaria o la lágrima se rinden como un tributo al muerto desconocido.

¿Qué fuerza misteriosa, es ésta, que así domina a la vida al colocarla en frente de la muerte?

Sólo la ciencia es profana, pero su profanación misma es relativa.

Abre el cráneo para buscar en los senos del cerebro las huellas de un pensamiento, o las lesiones dejadas por la acción de un mal; pero cuando su curiosidad científica está satisfecha, o cuando la duda ha amontonado

aún más sombras sobre su alma, el sabio mismo recoge los miembros mutilados que sirvieron para su estudio, y les consagra un pedazo de tierra bendecida para que reposen o se transformen eternamente...

Esa reacción del espíritu, levanta la creencia cristiana, e infunde aliento para caminar en la ruta sin faros de la inmortalidad ¡anhelada o presentida!...

El doctor Whüntz ya no quería examinar por sí más cerebros. Dejaba a Herman esa tarea, que él consideraba peligrosa.

En sus largos años de observación y de estudio, había creído un día sorprender el origen de las ideas. El no conocía la existencia de los cientos de millones de células nerviosas que habitan los hemisferios corticales; pero sospechaba que las ideas nacían de la irritación de la sustancia gris, que producía el fenómeno de la reflexión por el reflejo de una parte del cerebro sobre otra.

Preocupado al extremo de querer atribuirlo toda a la materia, creía que la idea era sólo el resultado de un movimiento orgánico del encéfalo; movimiento que podía acelerar o detener por medio del alcohol, del opio o de la belladona, según las proporciones en que se administrara.

Había llegado hasta adquirir la certeza de la verdad de su doctrina, experimentándola en muchos seres humanos; pero, un día que se encontraba en su anfiteatro examinando un cráneo abierto, se horrorizó de su propia doctrina y renegó de ella.

-Yo he creído -decía anonadado por el desencanto -, que la idea era sólo una función orgánica del cerebro, debida a la irritación e las capas

superficiales; de los hemisferios. La conciencia, el espíritu, no desempeñaban papel alguno en aquel gran proceso del pensamiento. Se piensa y se forman ideas sin el concurso de la voluntad, me había dicho. Pero hoy me encuentro detenido ante mis propias observaciones. Si es verdad que basta producir la irritación de los centros nerviosos del cerebro, para que la idea se forme, sin el concurso de la conciencia, este cráneo, separado del cuerpo a que ha pertenecido, podría pensar. Por medio de las inyecciones sanguíneas, yo he conseguido las funciones musculares de los órganos de la cara en la cabeza de un decapitado; por medio de irritaciones proporcionadas de la sustancia gris del cerebro, yo debería conseguir también que el muerto tuviese ideas, como una manifestación puramente orgánica de la materia irritada.

El doctor Whüntz había tratado de hacer práctica la observación; pero los muertos no se prestaban como los vivos a satisfacer sus vehementes anhelos científicos.

Unas veces creía que el cráneo del cadáver pensaba, pero que no podía manifestar la idea.

-Si es mecánica, material, la formación del pensamiento, ¿por qué no ha de hacerse la evolución que produce la idea en el encéfalo de un muerto, que conserva todavía, sin descomponerse, sus elementos orgánicos constitutivos?

Pero luego se detenía de nuevo pensando que su doctrina le llevaba al absurdo de hacer que los muertos tuvieran ideas; y concluía por abismarse

ante el fenómeno de la memoria, asombrándose de no encontrar en la masa encefálica ni un archivo donde se hubiesen conservado los recuerdos, ni una huella dejaba allí por las ideas que lo habían calentado durante la vida general.

Desde ese día, no quiso ya estudiar las evoluciones que producen el pensamiento humano, y se dedicó a encontrar las que producen la emoción.

En esa tarea estaban la noche que recordamos.

-¿Y bien, Herman? -preguntó el doctor Whüntz, viendo que su discípulo, había levantado la calota del cráneo del más joven de los criminales.

Herman permaneció un momento contemplando la masa encefálica; luego se acercó al cráneo, abierto también, del otro ajusticiado, y tomando una cabeza en cada mano, se las mostró al profesor diciéndoles:

-Mirad, doctor... Son iguales. El mismo aspecto presentan las meníngeas; las mismas inyecciones sanguíneas en las pequeñas arterias y arteriolas; los mismos caracteres...

-¡Abrid! Abrid uno de los lóbulos -dijo el Dr. Whüntz interrumpiéndole.

-Veamos la sustancia gris, y si allí no encontramos nada, vamos a examinar la médula espinal.

Aquellos dos hombres parecían enfurecidos en su porfiada lucha con el misterio. Como chacales hambrientos, como carniceros en el matadero despedazaron ambos cuerpos. Uno abrió la caja torácica del anciano, mientras el otro disecaba la espina dorsal para procurar llegar a la médula.

Y el misterio burlaba siempre su anhelo. Un momento creían que el triunfo

pertenecía a la ciencia, porque descubrían alguna mancha, algún pequeño tumor oculto en las vísceras, algo anormal, en fin; pero muy luego la ciencia misma desvanecía la ilusión del miraje, explicando la causa de aquel fenómeno que ellos habían creído poder atribuir a la emoción, o a otra función de los nervios, y que sólo era el resultado de una causa orgánica, anterior o posterior a la muerte.

La derrota no les humillaba. Llegó la noche y ellos todavía estaban ensañados sobre aquellos restos de cadáveres humanos.

Las sombras comenzaron a invadir el anfiteatro, y fue menester encender luces.

¿Qué importaba a los sabios la oscuridad de la noche? ¿No tenían acaso ellos, dentro de la mente, una luz más viva, más intensa, más duradera que la que iba a alumbrarles?

La esperanza les alimentaba, y las irradiaciones que ella derramaba en derredor de Whüntz y Herman, disipaban todas las sombras de la naturaleza.

¡Ah! ¡la sombra horrible, la negra noche de la duda científica! ésa, no alcanzaban a desterrarla las bujías.

Toda su horrorosa tarea fue inútil. Los muertos se negaron a dar a los vivos la luz que buscaban para alumbrar sus conciencias.

Cuando, rendido por el desaliento y la fatiga, el doctor Whüntz se arrojó sobre un sillón, su tierna hija se acercó a él, temblando de emoción.

-¿Y bien, padre? -le dijo.

-¡Ah!, nada... había esperado durante diez años un día como este. Quería dos condenados, ejecutados el mismo día. Quería dos hombres de distintas edades. Quería que muriesen el uno resignado y el otro presa de una violenta excitación ¡Y bien! La Providencia me ha hecho sufrir pacientemente durante tan largo tiempo, y el día en que me presenta el espectáculo anhelado, es para mostrarme con mayor elocuencia la ignorancia en que vivo.

Herman se ocupaba en reunir aquellos restos mutilados, confundiendo en un mismo grupo despojos de ambos cuerpos. No hablaba; pero su entrecejo había formado esa arruga peculiar del hombre que medita.

El doctor Whüntz parecía que esperase que su discípulo hablara espontáneamente. Herman temía turbar las reflexiones del sabio, si se atrevía a enunciar sus propios pensamientos.

Uno era joven, casi un niño. Otro era un viejo, casi un cadáver. Uno muere lleno de enojo. El otro humilde. Y, sin embargo, no hemos hallado, en sus cuerpos, huella alguna que precise la diferencia de la emoción del uno y del otro. En el cadáver se señalan ambas con los mismos signos. Es mentira. Los nervios no reflejan la emoción.

-Doctor, perdonadme -se atrevió a decir Herman-. Si no hemos encontrado diferencia alguna en las alteraciones del sistema nervioso de uno y de otro, quizá es porque ambos han sentido emociones análogas antes de morir, igualmente intensas, pero que sólo se han manifestado diferentes en su forma exterior.

-No os entiendo, Herman. Ved la expresión del rostro de este viejo.



Conserva todavía su actitud irritada, impávida, atrevida, y la contracción muscular de su fisonomía, basta para mostrarnos la última actitud de su espíritu. En tanto mirad la cara de este joven. Hay casi la contracción de una sonrisa llena de esperanzas en su semblante apacible. Vamos a buscar en los centros nerviosos las causas, las huellas de uno y otra situación moral, y, a pesar de su contradicción perfecta, hallamos que uno y otro encéfalo conservan las mismas señales anteriores y posteriores a la muerte.

Pero, Doctor, podríamos atribuir las a una causa perfectamente aceptable. La emoción que produjo en uno el descreimiento y la ira ha sido tan intensa como la que produjo en el otro el arrepentimiento, y como los nervios han sido el vehículo de ambas emociones, es natural que la huella dejada en ellos sea igual. Los nervios obran como elementos puramente pasivos, sin darse cuenta del resultado de sus manifestaciones. Pienso que el anciano y el joven han sentido vehemencia, el uno su ira, el otro su arrepentimiento, e hiriendo ambos con igual intensidad su sistema nervioso, las huellas dejadas por ambas emociones tienen que ser idénticas. La falta de remordimientos del anciano, es sólo un exceso de tristeza y de desesperanza, que se traducen en ira y ferocidad. El arrepentimiento del joven, es un triunfo de íntima ternura sobre el alma culpable, aun no desesperada, y que se traduce en lágrimas y mansedumbre. Pero ambos han sentido con igual vehemencia, y sus cadáveres no pueden decir otra cosa que lo que nos han dicho: una excitación nerviosa ha

precedido a la muerte.

Los dos médicos siguieron por largas horas sus investigaciones científicas, confundiendo con frecuencia la vieja creencia psicológica con la naciente fisiología. El sombrío misterio les envolvía cada vez con mayores nubes, a medida que más luz anhelaban encontrar.

Por fin la fatiga les rindió, y cada uno se retiró a su alojamiento, llevando en sí mismo un centenar de problemas, que se habían propuesto resolver a solas y en secreto.

V

Algunos meses más tarde, una nueva ejecución debía tener lugar. El Dr. Whüntz paseaba sombrío sus habitaciones, esperando que llegase la carreta que debía traerle el cadáver.

Herman y Margarita estaban con él, cambiando de cuando en cuando una mirada, una sonrisa, una palabra.

había cumplido quince años. La más pálida de las bellezas del Norte, competiría mal con su fresca hermosura.

Encerrada en la casa de su padre, rodeada de esqueletos, no tenía más nociones del mundo femenino que las que sus propias inclinaciones de mujer le daban.

Todo lo que era delicado y tierno comenzaba a herirla de manera singular.

La presencia de los cadáveres, que nunca la asustó cuando era niña, la

impresionaba ahora hasta hacerla brotar lágrimas.

-¡Son los nervios! -decía ella, cada vez que una emoción semejante la sorprendía; y pensaba que con esa exclamación, digna del espíritu preocupado de su padre, explicaba la situación de su propia alma.

Herman tenía ya más de veinte años. El niño que fue su compañero de infancia y de hogar, se había hecho un hombre en tanto que ella se sentía mujer.

Los cándidos juegos de la niñez se habían trocado ahora por los serios ensayos de la ciencia; pero cuando Margarita miraba o sonreía a Herman, ella se sonrojaba, sus ojos se humedecían con una lágrima que no salía de la pupila, y los latidos de su corazón se hacían más violentos.

A veces, cuando la casualidad les dejaba solos, el uno frente al otro, ella sentía temores desconocidos de cosas ignoradas, y él comprendía que hay inclinaciones que cuestan mucho sacrificio vencer.

¿Se amaban? No se lo habían dicho nunca, y quizá jamás se detuvieron ellos mismos a pensarlo; pero la verdad era que Margarita nunca sintió que sus instintos de mujer la llamasen a buscar emociones fuera de la casa de su padre, ni Herman encontró jamás triste ni solitaria su prisión al lado del sabio.

La noche en que el doctor Whüntz, más preocupado que otras veces, esperaba el nuevo ajusticiado, que iba a servir de pretexto a sus estudios, los jóvenes parecían contagiados por las meditaciones del gran médico. Ella labraba esos ricos encaje que han dado nombre a los tejidos de Flandes. El leía o fingía leer.

-¿Creéis que seremos más felices esta noche Herman -preguntó el doctor Whüntz, después de muchos paseos.

-Señor, no lo creo -contestó Herman, poniéndose de pie, y yendo junto a su maestro.

-Tenéis poca fe, amigo mío. la ciencia ha de revelarnos el secreto de este fluido que gobierna los nervios...

-Esa es mi duda, doctor. Nos empeñamos en encontrarlo en el cadáver, y no nos apercebimos que los muertos no pueden ofrecernos las manifestaciones de ese fluido , como vos lo llamáis.

-No soy yo. Es Paracelso; son los grandes sabios.

-Sí, señor, lo sé; pero me parece imposible que encontremos sus huellas en el cadáver.

-¡Imposible! ¿Por qué?

-Porque los cadáveres no sienten, y el fluido magnético es el resultado de la sensación. Buscad en la atmósfera la huella de la armonía que ha herido las ondas del aire. Ha vibrado sobre ellas; les ha dado una nueva vida, vaga, intangible, invisible, y luego se ha perdido al alejarse en las corrientes etéreas. Buscad en los ojos del muerto la expresión de la mirada, que dijo un día un Yo te amo , a la mujer querida; buscad, en fin, en el rostro pálido del cadáver de una virgen, ese rubor purísimo que encendió su rostro, como respuesta a la súplica del amante. Nada de eso encontraréis en los muertos. Y, sin embargo, Doctor, las emociones del sonido, como las del amor, como las del perfume, son fenómenos de los

nervios; pero esos fenómenos se producen sólo durante la vida, sin dejar huella alguna en la muerte. Creo que perdéis vuestro tiempo procurando interrogar a los cadáveres. Los muertos guardan bien sus secretos.

-¡Oh!, mejor que los vivos! -contestó el Dr. Whüntz, dando a su rostro una expresión que Herman nunca había visto.

Mientras el hijo del verdugo hablaba, el sabio había fijado alternativamente sus ojos en su hija y en Herman. Cuando éste habló de la mirada que decía yo te amo, el Dr. Whüntz creyó verla en los ojos del joven; y al buscar el efecto que había producido en Margarita, creyó descubrir en ella el rubor vago y purísimo de una respuesta amorosa.

Por primera vez, en tan largo tiempo, el padre dominaba al hombre de estudio. Iba a decir algo, que por la expresión solemne de su semblante, debía ser muy grave, cuando un ruido exterior llamó su atención.

El viejo Hans entró en la sala, lleno de agitación y de horror.

A su aspecto una triple exclamación partió del alma de Herman, de Margarita y de Whüntz.

Hans vestía el traje peculiar de los verdugos, en un día de ejecución, y, a pesar de su color rojo, algunas manchas negruzcas salpicadas en él, revelaban que la sangre le había teñido.

El doctor y su hija nunca le habían visto en traje semejante. Herman ya había olvidado aquel oprobioso uniforme de su padre.

Un momento de ansiedad terrible dominó a todos los personajes de aquella escena muda. Algo sombrío y grave debía haber precipitado al viejo Hans a producirla.

Fue él quien rompió el silencio.

-¡Ah, doctor! ¡Salvad a mi hijo! -gritó el pobre anciano, y se arrojó llorando a los pies del Dr. Whüntz.

El sabio se había acostumbrado a olvidar que aquel hombre era el verdugo de Flandes. Nunca le había tratado como a tal, y su leal amistad, ofrecida sin interés, sólo miró en él al padre de su noble discípulo. La presencia de Hans en aquel traje le recordaba toda la verdad de la horrible situación en que todos ellos se hallaban colocados.

Acababa de sospechar que Margarita y Herman se amaban. Quizá sonrió a la idea de unir aquellos dos seres, entre los cuales había repartido su ternura. Tal vez su egoísmo de sabio le mostró como propicia aquella unión, que conservaba a su lado sus dos únicos ayudantes.

Pero Hans turbó su razón con su aparición inesperada y violenta.

¿Cómo pensar ya en Herman para esposo de su hija?

¡Era el hijo del verdugo, y la ley le destinaba el oficio de su padre!

Mil fantasmas cruzaron por su mente. Su cabeza estallaba bajo el peso de tanta emoción y de tanto sufrimiento, y aquel hombre, que había pasado su existencia, atribuyendo todo a la sola influencia de los nervios, por primera vez los olvidó, para clamar:

-¡Oh!, el imperio de las preocupaciones sociales!

El doctor Whüntz había adivinado la terrible noticia que Hans venía a comunicarles. Su alma la presentía y la esperaba.

En tanto que Margarita y Herman pugnaban porque el verdugo hablase, el

doctor le hacía señas para que callara. Luego le ayudó a alzarse del suelo, y le dijo, tranquilamente:

-Maestro Hans, sentaos y reposad vuestra emoción. Vosotros, hijos míos, dejadnos solos. Cuando seáis necesarios os llamaremos.

Los jóvenes se alejaron, no sin haber antes luchado tenazmente por asistir a aquella terrible conferencia.

El doctor cerró la puerta. Volvió luego al lado del verdugo, y, procurando dominar la emoción de su voz, le dijo:

-¡Hablad, Hans, amigo mío!

El anciano narró entonces los acontecimientos recientes que le condujeron a casa del médico en aquel traje

Al cumplir su terrible misión, el hacha no había separado la cabeza del tronco del condenado a muerte. Entre las horribles convulsiones de una agonía lenta, había saltado al medio del cadalso. Los ayudantes del verdugo pudieron contenerle. La muchedumbre se había exaltado, y pedía a gritos la muerte de Hans, a quien llamaban "martirizador de hombres". La autoridad había intervenido. El verdugo escapado de las manos del populacho, había sido requerido para que presentase a su hijo, a quien correspondía el puesto por la ley flamenca.

-Mi hijo no está en Flandes -había contestado.

-Sí, sí, está en casa del doctor Whüntz -gritaron los ayudantes mismos del verdugo, indignados de servir a un anciano que ya no servía para el oficio

.

Cuando Hans contaba todo esto, se apresuraba anhelante por abreviar la

narración, como si temiera que le faltara el tiempo para terminarla.

-¡Ah, salvadle, doctor! Salvadle -decía luego llorando. -Van a venir a buscarle. Saben que está aquí, y os le arrancarán de las manos. ¡Tomad mi oro, doctor! pero impedid que Herman se degrade. ¡Oh!, ¡pensad que esto es horrible! Habéis hecho de él un sabio, un hombre útil a sus semejantes, y quieren quitároslo para hacerle el destructor de sus hermanos.

El doctor Whüntz estaba sombrío y mudo. Apenas tenía voluntad y fuerza para defender sus manos, que Hans empapaba con sus lágrimas, al besarlas lleno de emoción y de ternura.

-¡Ah, doctor! ¡Si supierais!... Cuando yo le veía huérfano en la cuna, y sonreía dormido soñando con los ángeles, confiaba en que con oro le haría huir, huir lejos, muy lejos de Flandes. Después, cuando vos le recibisteis en vuestra casa, tuve fe en vuestra influencia. He ocultado al mundo que es un sabio, por temor de que la emulación le persiguiera. Nadie cree que es vuestros compañeros de estudios, y apenas si piensan que es vuestro siervo... Es verdad que la infamia trascendental pesa sobre su raza, ¡pero le habéis emancipado!... ¡Salvadle, por Dios, salvadle!

El doctor Whüntz no hablaba. Meditaba. En sus ojos brillaba una luz sublime y siniestra a la vez. Movía lentamente la cabeza, fijaba su mirada en Hans, y luego la dirigía, con persistencia, a un pequeño armario, llenos de frascos rotulados.

Por fin, se levantó lentamente, y, dirigiéndose a aquel armario, buscó entre aquellos frascos uno pequeñísimo.



-¿Decís que nadie sabía que Herman estaba en mi casa como médico?

-preguntó.

-Nadie, absolutamente nadie, doctor.

-Y bien, entonces, procuraremos ayudarlo. Que la ciencia sirva siquiera para salvar a su apóstol. Volved a vuestra casa, maestro Hans. Decid que vengan a buscar a vuestro hijo, pues que se ha negado a ir voluntariamente.

-Pero no lo entregaréis...

-¡Oh! dejad obrar a Dios y... a la ciencia. No podrán llevarle. Yo os respondo.

Hans quiso ver a su hijo antes de marchar, pero el Doctor Whüntz se opuso.

Necesitaba ganar tiempo.

## VI

-Hijos míos -decía el Dr. Whüntz, pocos momentos después a Margarita y Herman, a quienes se había requerido en una de las habitaciones interiores de la casa-; ¡hijos míos! necesito consultaros sobre un asunto muy grave y que os interesa.

-¡Señor! -exclamó Herman, procurando leer el pensamiento del sabio profesor.

-¡Hablad, padre! ¡Estoy anhelante! ¿Qué peligro corre Herman? ¿Por qué os decía el señor Hans que le salvaseis?

-¿Peligro?... ¡Oh! no; no es un peligro lo que corre, es algo peor.

-¿Peor?

-¿Qué?

-¡Oh! sí, algo mucho pero que un peligro amenaza a nuestro pobre amigo, hija mía.

-Por favor, decidme lo que sucede, Doctor. Me habéis impedido que vea a mi padre; decís que estoy amenazado, y, perdonad si por primera vez en tan largo tiempo, os recuerdo que ya no soy un niño, y tengo el derecho de saber lo que me interesa.

El Doctor Whüntz miró satisfecho a Herman. Parece que hubiera querido provocar aquella explosión de individualismo.

Margarita, con el alma impresa en una mirada llena de temores y de esperanzas, vagaba sus ojos anhelantes del rostro de su padre al de Herman.

El hijo del verdugo fijaba los suyos en actitud interrogante en los del sabio.

-¡Y bien! tienes razón, joven, dijo, por fin, Whüntz, tuteando por primera vez a su discípulo. El día en que tú reclamas tus derechos de hombre, es el mismo en que yo empiezo para contigo mis derechos de padre. Hace diez años estás a mi lado. Te he formado. Has crecido bajo mis alas, como el polluelo extraviado o huérfano, que la borrasca lleva al nido de la torcaz amante. Tengo, por lo menos, el derecho de pedirte que seas digno de mi ejemplo.

-¿Y lo dudáis, señor?

-Calla y escucha. Hay algo fuera de la ciencia médica. Hay otro mundo más allá de los umbrales de mi puerta; mundo que yo había olvidado, absorbido por mis estudios, y que vosotros ignoráis encerrados en esta casa. Hemos vivido tranquilos hasta ahora, confiados en las promesas que los descubrimientos anhelados nos hacían. Hoy la tempestad sopla sobre nuestras cabezas, y viento de muerte nos amenaza.

-¿Qué decís, padre?

-Ese mundo que tu ignoras, Herman, te reclama el pago de una deuda que tú no contrajiste. Es la herencia que te legaron tus mayores, que hoy quiere cerrarte las puertas del porvenir. Es la infamia trascendental que te alcanza...

-Padre -gritó Margarita.

-¡Doctor! contened el labio. Vais a ofenderme, y no os he dado motivo. Conocéis mi vida desde niño, y sabéis...

-No te acuso, Herman, ni te condeno. Quiero, por el contrario, salvarte. Una sentencia inicua te hace esclavo. Interpretando mal los libros de la ley mosaica, creen que es posible que los crímenes de los padres lleguen hasta los hijos de la cuarta y quinta generación. Uno de tus mayores cometió un delito. La pena puso en su mano el hacha del verdugo, y la ley hizo que esa herencia de infamia fuese transmitiéndose de padres a hijos hasta llegar a ti. Hoy te reclama la sociedad tu tributo de infamia, para purgar el crimen ya olvidado de tus mayores.

-¿A mí? ¿Yo verdugo? ¿Qué decís...?

-Que tu padre está viejo. Hoy ha fallado el golpe de su hacha. El populacho se ha indignado, y la autoridad quiere jubilarle, llamándote a ti a ocupar su puesto.

-Pues yo no iré. jamás las muchedumbres me verán sobre el cadalso...

Doctor, estoy resuelto. Habéis dicho que hay otro mundo fuera de vuestra casa, que yo no conozco y que me reclama. Yo no debo nada a ese mundo. Si vienen a buscarme aquí, llevarán mi cadáver para saciar las bárbaras aclamaciones de los espectadores de drama del patíbulo. Yo no iré.

-¿A pesar de todo?

-A pesar de todo, Doctor. Antes prefiero morir.

-¿Morir...? no; ¡morir, no! -gritó Margarita, arrojándose al cuello de Herman, y doblando su cabeza llorosa sobre el pecho afligido del joven. La niña "no sabía más que amar". Había crecido huérfana de madre y de emociones, encerrada en el hogar del sabio. Su corazón sólo había cultivado el cariño purísimo, que la ternura de su padre le inspiraba, y el amor ideal que Herman sembró en su alma sin saberlo.

El pudor es un sentimiento innato. Sus manifestaciones exteriores son sólo una convención social.

Había más pureza y más candor en aquel abrazo de Margarita, que en esas mentidas defensas, que el salón y la sociedad imponen al sentimiento femenino.

Las corrientes volcánicas que cruzan la tierra, permanecen largo tiempo latentes. Un día estallan y la erupción es terrible. No hay fuerza capaz de detenerlas. Todo lo avasallan y lo destruyen, pero en medio del estrago

horrendo, brilla en lo alto de la montaña encendida, la llama voraz de aquel fuego espontáneo.

Así fue la pasión de Margarita por Herman. Se encendió al calor de la intimidad y el aislamiento a que el destino les obligó. Creció con los años, alimentada por la ternura que el joven le tributaba. Se aumentó cuando la naturaleza la llamó al amor supremo, que multiplica las fuerzas del sentimiento con el desarrollo de la vida, e hizo explosión el día en que el temor de perder a Herman se opuso a su corriente plácida y tranquila.

Nunca se dijeron que se amaban. Se sintieron amados, y cultivaron su cariño inocente convencidos de que él no era un misterio.

Almas primitivas, alejadas del mundo corrompido, tenían toda la casta pureza de la sabiduría. Obedecían a una ley divina. Amaron, como las plantas brotan, porque había llegado el momento de sentir amores. No lo dijeron al doctor Whüntz ni se lo comunicaron entre ellos, porque no pensaron que ello era necesario.

¿No nacían en silencio las flores de su jardín, y sólo se hacían sentir por su perfume y la luz de sus colores?

Ni era tampoco menester haberlo dicho. Aquel movimiento de ternura de Margarita no sorprendió ni al sabio ni a Herman.

Uno, lleno de experiencia y de filosofía atribuyó aquel movimiento a un espasmo nervioso. Era la emoción que ponía en juego los nervios excitados de la mujer amante. El peligro que amenazaba al amado la servía de choque

magnético.

El otro, con menos experiencia, era más cándido. Se sabía amado: amaba...

he aquí todo.

Nunca hasta entonces Margarita le había hecho una manifestación semejante.

El la encontró, sin embargo, natural, y sólo pensó en tranquilizar a la pobre niña.

-Sí, Margarita; por vos, por vuestro padre, por mí, vale más la muerte que la infamia. Yo soy honrado, bueno, puro. ¡La sociedad cree que debe hacerme responsable de delitos que no conozco siquiera! ¡Vos vivís para esa sociedad! Pensad que el amor que os profeso..., que vos sabéis que os profeso, no puedo ofrecéroslo. ¡Soy el hijo del verdugo!

-¡Y qué me importa! ¡Yo os amo por vos; os amo porque Dios ha querido que os ame! Os amo porque mi padre, que os puso a mi lado, os ama y no me ha prohibido que os quiera.

El Dr. Whüntz lloraba. Hacía muchos años, que el sabio investigador de los centros nerviosos, no había sentido tan conmovidos los suyos. Tenía por su hija esa ternura tranquila de las almas serenas. No había conocido jamás las grandes pasiones, que producen el drama o la tragedia del hogar. Más ocupado de sus libros y de su ciencia, que de su misión paternal, apenas si se había apercibido de que su hija tenía un sexo diferente al de Herman.

Sospechaba que se amaban, y lo consideró sencillamente natural. No presintió los peligros que la situación de Herman podía crear para Margarita, y el primer escollo puesto en la ruta de aquella existencia sin

luchas le sorprendía llorando.

-Tú puedes amar a Margarita, ¡Herman! -dijo el sabio entre sollozos. Eres digno de ella, y...

-¡Pero mi padre!... -exclamó tímidamente el joven.

-¡No, yo amo a vuestro padre! El señor Hans es nuestro amigo -dijo vivamente la niña.

Aquella escena era el epílogo de un largo poema de amores, no hablado pero sentido.

Si el doctor Whüntz hubiese dejado a los jóvenes terminarlo, habrían olvidado la situación peligrosa de Herman, para decirse las cosas sabidas que tanto tiempo se habían callado, pero que sentían la necesidad de contarse.

-¡Herman! -dijo por el fin el sabio, procurando dominar sus lágrimas y su agitación. -Herman, tu posición, en este momento, es muy seria, y es menester pensar en ella. Hace un momento te hubiera confiado mis temores y mis esperanzas. Ahora sólo exijo tu sumisión y tu confianza.

-Contad con ellas; pero...

-Margarita te ama; tú la quieres; yo me he acostumbrado a miraros a ambos como a mis hijos. Necesito de vosotros para seguir viviendo, y quiero salvarte de la ignominia y de la muerte.

-¡Ah! ¡Sí, padre, salvadle!... ¿Verdad que le salvaréis? ¡Pensad, señor, que yo le amo!

Herman tomó la mano de la niña, oprimiéndola fuertemente contra su

corazón. Su silencio estaba elocuente de ternura. Jamás un juramento más puro unió dos almas. Jamás los nervios sintieron más profundamente la influencia del fluido magnético.

-Doctor -dijo Herman. -Mis lágrimas son sólo de emoción, pero soy un hombre capaz de todos los sacrificios. Me entrego a vuestra ciencia y a vuestros consejos. Libradme de la ignominia o de la vida.

-Necesito tu obediencia pasiva. No me preguntes nada, y has cuanto te ordene.

-Disponed de mí.

-¡Pues bien! No hay tiempo que perder. Ven conmigo.

Y el Doctor y Herman iban a salir de la habitación, cuando Margarita se interpuso entre ellos gritando:

-¡No, no! ¡Si vais a huir llevadme!... Padre, ¡yo no podría vivir sin él!

-¡Niña! ¡Apártate! ¡Voy a salvarle para ti y para la ciencia!

Whüntz no hizo caso de su hija, que caía desplomada, y salió de la habitación a reunirse con Herman que le esperaba fuera.

La apasionada flor de los trópicos se marchita y muere cuando le falta el calor de la estufa.

Aquella suave flor del Norte languidecía al sentir alejarse su astro de luz y de sus amores.



Cuando los soldados llegaron, el Dr. les esperaba tranquilamente en su biblioteca. Un juez les acompañaba, y dejando las tropas a la puerta, pidió hablar con el dueño de casa.

-Doctor -le dijo. -Sabéis que cumplo una triste misión. Vengo a buscar al verdugo de Flandes. Dura lex, sed lex . Sé que le estimáis, pero vos no podéis alzaros contra las leyes de Flandes sin cometer un delito.

-Y ¿quién os ha dicho que me subleve contra ellas? Buscáis al hijo de Hans, y voy a presentároslo.

El Doctor Whüntz abrió la puerta de una sala inmediata, y el Juez vio a Herman en un lecho, sujetado por fuertes cuerdas, que dos hombres trataban de hacer aún más tensas.

-¡Ahí le tenéis! -dijo el sabio al magistrado. No soy yo quien os le arrebató. Es Dios. Herman está loco.

El doctor no habría necesitado decirlo. Herman, desencajado, pálido, ojeroso, luchaba desesperadamente por desasirse de las ligaduras que le sujetaban. la más atroz de las locuras, producía en él horribles estragos.

No brotaba de sus labios una frase sensata, y sólo palabras incoherentes y mal articuladas, iban a herir los oídos de los que le escuchaban.

El Juez no se sorprendió. Parecía que dudase de aquella locura repentina, y cuando manifestó sus sospechas al doctor, éste sonrió, diciéndole:

-¡Ah! Si vosotros los que administráis la justicia penal, supieseis lo que son los nervios, no cometeríais tantos errores. Esta locura es verdadera.

Es el resultado del choque que ha sufrido el sistema nervioso de este

joven, al recibir la noticia de que le llamaban para ser verdugo...

Cuando el Juez y los soldados se retiraron, Margarita se acercó llorosa a su padre diciéndole:

-¡Volvedle la razón, padre! Si Herman continúa en ese estado, temo volverme loca yo también.

-Ten calma, niña. Aún no es tiempo. El Juez ha salido de aquí convencido de que se le engaña. Volverá con médicos que le examinen, y si antes que ellos vengan, yo hiciese algo, todo habría sido inútil.

-¿Y no teméis...?

-¿Que descubran mi engaño?... No hay médico en el mundo capaz de hacerlo.

He necesitado veinte años de estudios constantes para arrancar a la ciencia este secreto. Hoy puedo, por medio de una pócima, alterar el sistema nervioso hasta producir la locura furiosa; o puedo deprimirlo hasta producir la parálisis. Déjales que vengan. La ciencia burlará a la ignorancia; y el pobre Herman, que tanto ha hecho por ella, se salvará protegido por sus propias experiencias.

El doctor Whüntz no se había equivocado. El Juez volvió con los mejores médicos del país, quienes por orden de la autoridad procedieron a examinar a Herman.

Le sometieron a un tratamiento especial y a una observación constante. La locura era evidente. Muchos días después, y tras de largas y repetidas experiencias, lo declararon así los facultativos, a quienes su época saludaba como grandes sabios, en tanto que la ciencia del Dr. Whüntz les

perseguía con sus secretas carcajadas.

El acontecimiento produjo gran emoción en Flandes. El fanatismo lo explotó con pasión en favor del hijo del verdugo, y la leyenda atribuyó a la Providencia su intervención divina, para derogar la bárbara ley humana. Quizá esa idea, fomentada en las muchedumbres, habría bastado para producir la reforma de la ley, que establecía la infamia trascendental como pena; pero las impacencias amantes de Margarita, impidieron la obra lenta y segura de la opinión que pidiera justicia.

El amor puro es impaciente. El pudor no se defiende de los arrobamientos sinceros del alma enamorada.

Margarita sabía que Herman estaba bajo la presión de un remedio; pero su cariño anhelante no tenía fe ni aún en la ciencia de su padre amado. ¡Santo prestigio de la pasión casta! Crédula y sencilla para con el amante, en sus temores, duda hasta de la Providencia misma.

La niña languidecía, a medida que el tiempo pasaba, y Herman no recobraba la razón.

Los médicos oficiales habían prohibido que persona de la casa del Doctor Whüntz, penetrasen en la habitación del loco; y la pobre enamorada vivía desterrada, sin luz y sin amores en sus días desolados.

Cuando la prohibición oficial cesó, y Margarita pudo volver al lado de su amado, la desesperación más poderosa dominaba su espíritu.

Herman era presa de una furia terrible. Las ligaduras que le sujetaban al lecho, habían penetrado en sus carnes, y su cuerpo sangraba.

Los ojos brillantes y hundidas, por las largas noches de insomnio,

parecían querer saltar de sus órbitas; y su rostro enflaquecido, pálido y perfilado, había perdido la dulce expresión de melancólica contemplación que le era peculiar.

El Doctor Whüntz tuvo miedo del efecto que aquel espectáculo producía sobre los nervios de su hija; y, venciendo sus propósitos aconsejados por la situación y las conveniencias, mandó que le dejaron solo con el loco.

Algunos horas más tarde Herman estaba calmado, y comenzaba a dormir. El efecto de las pócimas del Doctor Whüntz había sido eficaz.

La química moderna no habría producido mayores resultados que la alquimia del sabio del siglo XVI.

Cuando al día siguiente despertaba de nuevo a la vida de la razón tranquila, su primera palabra consciente fue la aspiración más ardiente de su alma.

-¡Margarita! -dijo, y abrió sus ojos plácidos y melancólicos, como otros días felices, envolviendo, en la más tierna de las sonrisas, el nombre idolatrado.

La alegría, que los acontecimientos felices producen, es irreflexiva. Los hombres más sensatos cometen puerilidades propias de la infancia, bajo la presión de esas grandes expansiones del alma.

El viejo Hans, desesperado por la posibilidad de que su hijo fuese verdugo; anonadado, más tarde, por convencimiento de que estaba loco, no pudo contener las sublimines alegrías de su alma, al verle de nuevo sano y dichoso.

Sus enemigos le acechaban, sin embargo. Cuando en Flandes se supo que Herman no estaba loco, los médicos, burlados por la ciencia de Whüntz, fueron los más empeñados en perseguir a su joven protegido. El sabio hizo inútiles esfuerzos para salvarle. En vano reveló los estudios de Herman, y todas las esperanzas que, para la ciencia fisiológica, fundaba en él. La ley que le condenaba a la infamia era implacable.

Entonces Whüntz pensó en la fuga. Sabía que Margarita no podría resistir a la pérdida de Herman; y creyó que huyendo a un país extranjero, escondiéndose en un rincón oculto de la Europa, podría aún hacer felices a aquellos dos seres, que formaban su propia existencia.

Preparaban la huida, cuando una noche fueron sorprendidos por la autoridad, que llegaba de nuevo en busca de Herman.

El Dr. Whüntz sintió que, por primera vez en su vida, la ira invadía su alma. Conocía el carácter de Herman, y se resolvió a consumir un gran sacrificio, meditado de tiempo atrás, como recurso extremo para salvar la infamia al amado de su hija.

En tanto el juez y su séquito forzaban las puertas de su hogar, y hacían la pesquisa en la casa, el Dr. Whüntz, Herman y Margarita se habían encerrado en un pabellón, oculto en el fondo del jardín.

Solos allí, con Dios y su conciencia por testigos, esperaban el resultado de la prueba terrible.

Cuando los agentes de la autoridad llegaron a aquel último asilo de la desesperación y del amor, el Dr. Whüntz abrió violentamente la puerta.

Estaba pálido, sombrío. Sus manos y sus ropas teñidas de sangre,

arrancaron un grito de sorpresa del magistrado; pero ese grito se convirtió en una terrible exclamación de horror, cuando el sabio médico les dijo, con una sonrisa de doloroso desprecio:

-¿Habéis venido a buscar el verdugo de Flandes en mi casa? ¿Necesitáis un brazo ejecutor de vuestras sentencias de muerte? ¡Ahí le tenéis, pues!

¡Tomadlo! ¡Llevadlo a los que os envían, y decidles que así contesta Herman a la infamia que la ley le impone!

Y el Dr. Whüntz, al decir esto, arrojó a los pies del magistrado flamenco, el brazo derecho de Herman, separado del tronco por una hábil y rapidísima operación, en tanto que Herman se adelantaba, mostrando su cuerpo mutilado y diciéndoles:

-La infamia trascendental no la impone la ley, sino los propios actos del hombre. Yo me he librado de ella, y he reconquistado mi honor a costa de mi sangre y de mi brazo , ¡como los inmortales guerreros de mi patria!

## VIII

El Dr. Whüntz ha muerto hace ya más de trescientos años. En su lecho de agonía la religión católica encendió la esperanza, como un fuego bendito para su alma creyente.

El sabio llegaba al término de su jornada moral, sin haber podido encontrar la solución del problema misterioso.

Había buscado, en vano, la explicación material de los fenómenos que

forman el conjunto de la existencia humana. Se había convencido de que, los elementos físicos y químicos del organismo, no constituían la vida . Ellos son condición , pero no causa de la existencia.

Su sucesor y heredero, Herman, continuó las investigaciones del ilustre sabio; pero, a pesar de los esfuerzos de aquél y de los nobles propósitos de éste, el misterio que envuelve todavía a los centros nerviosos del organismo animal, es el mismo que los velaba hace tres siglos.

El barómetro, que mida el grado de voluntad de cada acción o de cada pensamiento humano, aún no se ha descubierto.

Los locos siguen delirando despiertos, y los cuerdos continúan delirando dormidos.

Las relaciones entre la idea y las evoluciones de la materia todavía no se conocen: pero la misión del Doctor Whüntz no ha sido estéril en la tierra.

Por lo menos, ha conseguido destruir una ley de infamia. Ya no hay verdugos hereditarios en la raza de Hans.

El último fue un hombre honrado y puro. El primero que le siguió en su generación redimida -Herman-, fue un sabio ilustre. Sus descendientes son hombres libres.

Los viajeros modernos visitan la Holanda, para estudiar en su propio teatro la epopeya liberal de los Países Bajos, cruzan sin detenerse delante del cementerio desconocido, donde reposan los restos de Whüntz, de

Hans y de los descendientes de Herman y Margarita.

Ningún monumento fastuoso guarda aquellas reliquias que la muerte ha reunido en la tumba, como el amor les confundió en la vida.

No hay inscripciones que conmemoren su noble misión sobre el mundo, y sólo la tradición conserva el nombre de los seculares moradores de aquel modesto cenotafio. Las yerbas crecen entre las grietas de las lozas que le cubren, y las margaritas blancas perfumadas la rodean, formando como guirnaldas, que le coronan con melancólica poesía.

La injuria de los siglos todos lo ha destruido, menos la severa cruz de piedra que, extendiendo con amor sus brazos, consagra y bendice el eterno reposo.

Si alguna vez hubiese penetrado allí un espíritu selecto, soñador y fantástico, de esos que, como Dickens, ven, en la noche de Navidad, la ahumada campana del hogar, poblado de celestes visiones -él habría tratado de descifrar los signos cabalísticos que, gravados apenas sobre la humilde lápida, le sirve de epitafio.

Nadie sabe quien escribió allí aquella frase formada sin palabras; si bien se comprende que ella concentra el sentimiento de una de esas almas que pasas, impulsadas por una aspiración sublime al infinito...

Cuentan lo que guardan aquel sepulcro, que en los últimos años, un viajero desconocido, llegó hasta él, en una tarde serena y melancólica de otoño.

De pie, descubierta la cabeza, silencioso y sombrío, contempló con recogimiento aquel recinto solitario. De la torre altísima de la iglesia inmediata, partió la voz argentina que recuerda a la cristiandad la hora



del Angelus . El forastero dobló en tierra la rodilla, oró fervoroso, y después besó conmovido la cruz bendita.

Le vieron inclinarse sobre el mármol de la tumba; permanecer algunos momentos en una labor misteriosa, y luego partir lentamente, volviendo muchas veces la cabeza, para contemplar el sepulcro abandonado.

Cuando, al día siguiente, el primer rayo del sol brilló sobre la loza, una inscripción podía verse en ella, hablando al espíritu del creyente, con la muda elocuencia de todo lo que es vago, indefinido y sublime.

Era una frase musical de alguna balada de Chopin.

El viajero había querido consagrar, con aquel pensamiento indefinible, la última expresión de la ciencia del Doctor Whüntz: ¡El alma es infinita, como la armonía, y como ella se dilata y vibra, sin dejar huellas visibles de su existencia!

FIN

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).